

SEIS ELEMENTOS DE GRAMÁTICA SINTÉTICA: LO QUE SEIS ALTERNANCIAS SINTÁCTICAS Y SEMÁNTICAS TIENEN EN COMÚN

Milada TIMKOVÁ y Carlos Alonso HIDALGO ALFAGEME, *Universidad Católica de Ružomberok*

INTRODUCCIÓN

Este trabajo es la propuesta de una sola explicación coherente común para seis alternancias habituales de la lengua española:

- (1) Presencia / ausencia del artículo determinado con la preposición *de*
- (2) Pretérito perfecto simple / pretérito imperfecto
- (3) Ser / estar para expresar situación espacial
- (4) Ir / venir
- (5) Saber / conocer
- (6) Decir / hablar

De estas alternancias, las tres primeras tienen carácter sintáctico y las tres siguientes, semántico. El resto de diferencias resulta también evidente. Menos evidente resulta lo que tienen en común, y que explica todas ellas. Este nexo común ha sido relacionado con el aspecto léxico (De Miguel, 1999)¹. La categoría de aspecto no se manifiesta sólo en los verbos, sino también en los sustantivos (Langacker, 1987)², y está íntimamente relacionada con la determinación y la delimitación semántica (Bosque, 1996)³. El único pero a la explicación común aspectual se encuentra en la alternancia (4), ya que en español la diferencia entre *ir* y *venir* no se considera aspectual.

Con todo, el aspecto léxico no es el único nexo. Es posible explicar lo que estas seis alternancias tienen en común también desde un enfoque perceptual utilizando la diferencia entre el fondo y la forma. Es precisamente este enfoque el que se desarrolla en los siguientes párrafos. El planteamiento general del problema es, pues, el siguiente:

El fondo es algo grande y la forma es algo pequeño. La pequeña forma está inscrita en el gran fondo que la rodea. El tamaño es, pues, un factor que permite diferenciar el fondo de la forma. Pero cuando el fondo se reduce hasta ceñirse al tamaño de la forma o, viceversa, la forma crece hasta ocupar todo el fondo, fondo y forma dejan de diferenciarse y se produce una paradoja: ¿fondo y forma son dos cosas diferentes? ¿No serán acaso la misma cosa?

La lengua española tiene mecanismos para expresar el caso habitual de una forma situada en un fondo. Continuamente la lengua se refiere a formas situadas en fondos: un sofá en una habitación o una acción breve en el marco de otra más larga son dos ejemplos cotidianos. A primera vista podría parecer que el otro caso, que fondo y forma sean coincidentes, se produce más raramente y que es algo que no se suele expresar, pero lo cierto es que este caso es tan habitual como el primero. Un cambio en la expresión, el que se observa en cada una de las alternancias propuestas, responde al juego coincidencia / diferencia entre el fondo y la forma. Simplificando mucho la cuestión podemos avanzar que en (1) el uso del artículo

¹ ELENA DE MIGUEL, «El aspecto léxico», en IGNACIO BOSQUE y VIOLETA DEMONTE (eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, Espasa Calpe, Madrid, 1999, págs. 2977-3060.

² RONALD W. LANGACKER, «Nouns and verbs», en *Language*, 63 (1987), págs. 53-94.

³ IGNACIO BOSQUE, «Por qué determinados sustantivos no son sustantivos determinados», en IGNACIO BOSQUE (ed.), *El sustantivo sin determinación. La ausencia de determinante en la lengua española*, Visor, Madrid, 1996, págs. 13-119.

indica la existencia de un fondo (nieve) mayor que la forma (hombre), mientras que la ausencia del artículo expresa un estado en el que las dimensiones del fondo coinciden con las de la forma. Estos mismos dos modelos de relación entre el fondo y la forma se revelan recursivamente en el resto de las alternancias propuestas, lo que iremos mostrando en los sucesivos apartados. Esperamos que con este rápido avance el lector se haya hecho ya una idea de la argumentación que vamos a desarrollar.

La presencia o ausencia de coincidencia entre el fondo y la forma no siempre resulta intuitiva para quien la investiga; en todo caso siempre se manifiesta mediante la aplicación al objeto de estudio de estas tres cuestiones:

1ª. cuestión: espacio. Presencia o ausencia de una coincidencia espacial

2ª. cuestión: proporción. Presencia o ausencia de una proporción

3ª. cuestión: tiempo. Presencia o ausencia de una coincidencia temporal

Comencemos, pues, sin más dilación, con la aplicación de estas cuestiones a nuestras alternancias.

1. PRESENCIA / AUSENCIA DEL ARTÍCULO DETERMINADO CON LA PREPOSICIÓN *DE*

Esta alternancia la ilustran las siguientes expresiones:

(1) Hombre de la nieve

(2) Hombre de nieve

Hombre de la nieve es un yeti, mientras que *hombre de nieve* es un muñeco que se hace en el jardín. Esta diferencia resulta evidente, y la explica también Jackendoff (1991)⁴ mediante sus categorías extractoras e inclusivas, si bien su explicación no pone en relación esta alternancia con las otras cinco propuestas. Otra explicación posible más es la que considera a la nieve el fondo y al hombre, la forma. Desarrollaremos esta explicación a partir de las tres cuestiones que ya se han planteado:

La primera cuestión es el espacio. En la expresión (1) la nieve está fuera del hombre. Es mucha, cae continuamente sobre laderas y laderas, mientras que el hombre ocupa simplemente un pequeño punto en la inmensa extensión blanca. La nieve del fondo es infinitamente más grande que el hombre, que es la forma. La expresión (2) pierde el artículo, y con su pérdida la nieve se contrae y pasa a ocupar el mismo lugar que ocupa el hombre. Milagrosamente, la eliminación del artículo mete toda la nieve que había en los alrededores dentro del hombre. Obsérvese que ahora, en (2) el hombre y la nieve ocupan el mismo lugar, fondo y forma coinciden: ¿no son acaso la nieve y el hombre la misma cosa?

La segunda cuestión es la proporción entre la cantidad de nieve y el tamaño del hombre. En la expresión (1) la nieve puede hacerse más o menos extensa sin que el tamaño del hombre se vea afectado. Y viceversa, si el hombre fuese mayor o menor, la cantidad de nieve a su alrededor no variaría. La cantidad de nieve es, por tanto, independiente del tamaño del hombre. Por el contrario, en la expresión (2) si el hombre fuese más grande o más pequeño, la cantidad de nieve variaría en la misma proporción: cuanto mayor sea el hombre, más nieve lo formará; o cuanto más nieve haya, más grande será el hombre. Se observa que en este caso la cantidad de nieve y el tamaño del hombre son magnitudes proporcionales.

La tercera cuestión es el tiempo. En la expresión (1), en el momento en que hay nieve no es necesario que

⁴ RAY S. JACKENDOFF, «Parts and boundaries», en BETH LEVIN y STEVEN PINKER (eds.), *Lexical & Conceptual Semantics*, Blackwell, Amsterdam, 1991, págs. 9-45.

haya también un hombre. Es decir, el yeti es un hombre de la nieve tanto en invierno como en verano, cuando hay nieve y cuando no la hay. El fondo existe aún cuando no haya forma. En la expresión (2), por el contrario, cuando no hay nieve, no hay hombre, y viceversa: cuando no hay hombre no hay nieve. Hombre y nieve comparten el mismo espacio, pero no sólo eso: lo comparten además al mismo tiempo.

Se comprueba que un cambio en la expresión, la presencia o la ausencia del artículo determinado, crea o destruye una coincidencia espacial, una coincidencia temporal, y una proporción entre los significados de los dos sustantivos de la estructura [*sustantivo + de + (artículo) + sustantivo*].

Otros ejemplos de uso o ausencia de artículo determinado con la preposición *de* son *tren de mercancías*, donde las mercancías y los vagones del tren comparten, o, si se quiere, en todo caso han compartido un mismo espacio en un mismo tiempo, y a menos vagones, menos mercancías; *jarra de cerveza*, donde la jarra adquiere esa denominación precisamente porque suele compartir un espacio y un tiempo con la cerveza; también se cumple que cuanto menor sea la jarra, menos cerveza habrá. Supongamos ahora que el profesor quiere familiarizar a sus estudiantes con el examen de matemáticas. Si el profesor ofrece a los estudiantes un *ejemplo del examen*, entonces ¿el ejemplo que lleva a clase será igual o será menor que el propio examen? ¿Les ofrece todo un examen o sólo un pequeño fragmento? Pensémoslo un poco antes de leer la respuesta. Pues bien, el *ejemplo del examen* es menor que el examen, puede tratarse de un ejercicio del examen o de un fragmento. Si, por el contrario, el profesor llevase a clase un *ejemplo de examen*, los estudiantes podrían estar más contentos. En este caso nótese que el ejemplo sería tan grande como el examen, entre un ejemplo de examen y un examen verdadero no hay diferencia aparente. No importa que el profesor les entregue al día siguiente otro examen, el válido. Este nuevo examen será *otro*, porque un examen ya ha aparecido en clase con el *ejemplo de examen*.

2. PRETÉRITO PERFECTO SIMPLE / PRETÉRITO IMPERFECTO

La alternancia que da título a este apartado es un problema ya tradicional de la lingüística española. Comenzaremos recordando la cara de este problema que más interesa a la hora de poner de manifiesto el hilo conductor (las tres coincidencias) que nos va a llevar a través de las seis alternancias que conforman este trabajo:

El perfecto indica una acción terminada. Si un perfecto sucede a otro, el primer instante de la acción del segundo sucede al último instante de la acción del primero (Bello, 2002)⁵. En ausencia de modificadores adverbiales temporales, si yuxtaponemos un perfecto detrás de otro, las acciones a las que se refieren se interpretan como consecutivas, por ejemplo:

(3) Fui en autobús a la universidad, estudié, comí, y esperé la llegada de un amigo.

Es decir, primero fui en autobús, luego estudié, más tarde comí y cuando terminé de comer comencé a esperar a un amigo. Una sucesión de perfectos permite asignar una unidad temporal diferente para cada acción: a las diez fui en autobús, a las once estudié, a las doce comí y a la una esperé.

Veamos ahora qué sucede con el imperfecto.

La característica del imperfecto que nos interesa señalar es que se usa para hacer referencia en el pasado a acciones simultáneas (Ramírez, 2006⁶; Lozano, 2006⁷). Si yuxtaponemos un imperfecto detrás de otro, la

⁵ ANDRÉS BELLO, *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2002, pág. 181.

⁶ LYDIA RAMÍREZ, «Los tiempos del pasado para narrar sucesos. Redactar una noticia», en *Redele*, 8 (2006), publicación electrónica en: <http://www.mec.es/redele/revista8/LRamirez.pdf>.

segunda acción comparte un tiempo con la primera. Y si continuamos la serie con un tercer, un cuarto imperfectivo, todas las acciones a las que se refieran compartirán un mismo tiempo. En ausencia de modificadores adverbiales temporales todas las acciones resultarán simultáneas, por ejemplo:

(4) Iba en autobús a la universidad, estudiaba, comía, y esperaba la llegada de un amigo.

Cabe la interpretación de que mientras iba en autobús comía con el libro abierto porque también estaba estudiando, al mismo tiempo esperaba que se subiera un amigo en cualquiera de las paradas. Una sucesión de imperfectos no permite asignar una unidad temporal diferente para cada acción, porque todos los imperfectos suceden en la misma unidad temporal: a las diez iba en autobús, a las diez estudiaba, a esa hora comía y al mismo tiempo también esperaba.

Partiendo de estas nociones clásicas acerca de la oposición *pretérito perfecto simple / pretérito imperfecto*, adjudicaremos el papel de fondo a las unidades temporales y el papel de forma a uno solo de los eventos que se dé en cualquiera de ellas. Comencemos, pues, a revisar las tres cuestiones que en el apartado anterior han explicado el uso del artículo determinado con la preposición *de*:

La primera cuestión es el tiempo. En la expresión (3) el número de unidades temporales diferentes, una por cada acción, puede ir creciendo con la lista de perfectos yuxtapuestos hasta hacerse tan grande como el número de copos de nieve que caen durante una nevada. La duración del evento que hayamos elegido como forma será insignificante en comparación con la duración de todas las unidades temporales que la serie de perfectos expresa. La expresión (4) cambia el perfecto por el imperfecto, y en ese momento la duración total de todos los eventos de la lista se contrae y pasa a ocupar lo que dura un solo evento, lo que dura cualquiera de ellos, el que hayamos elegido como forma. Del mismo modo, toda la nieve de las laderas se contraía en el espacio del hombre al quitar el artículo.

La segunda cuestión es la proporción entre la duración de las unidades temporales y de los eventos. En la expresión (3) la duración de la totalidad de los eventos no es proporcional a la duración de ningún evento particular. La duración total varía al añadir o eliminar formas verbales de la oración, sin que cambie por ello la duración de ningún evento particular de los que figuran en esa oración. Por el contrario, en la expresión (4) si varía la duración total de la única unidad temporal, variará en la misma proporción la duración de todos los eventos que figuran en esa oración. Es decir, que cuanto más o menos dure el viaje en autobús, más o menos durarán la ida, el estudio, la comida y la espera.

La tercera cuestión es el espacio. Cada una de las acciones de (3) se produce en un lugar diferente: ir en autobús, estudiar en la biblioteca, comer en el comedor y esperar en la cafetería. Cabe esta interpretación. Por el contrario, en (4), todas las acciones se producen en el mismo lugar: ir en autobús, comer también en el autobús con el libro abierto y esperar en el mismo asiento.

Esta coincidencia espacial es la gran desdeñada a la hora de explicar el uso del pretérito imperfecto, tanto en los artículos especializados como en la práctica. Los métodos de español para extranjeros suelen señalar la coincidencia temporal que los imperfectos expresan, bien se trate de simultaneidad total entre dos eventos, o bien, sin llegar a tal punto de coincidencia, se trate de una simultaneidad parcial entre un evento de corta duración y otro evento más largo que le sirve como marco (ver por ejemplo el método de Met, Sayers y Wargin (1996)⁸). Sin embargo se pasa por alto que esa coincidencia temporal viene

⁷ LIDIA LOZANO, «El pretérito y el imperfecto en la enseñanza del español como segunda lengua», en *Cuadernos Cervantes*, 52 (2006), publicación electrónica en: http://www.cuadernos cervantes.com/ele_52_preterito.html

⁸ MYRIAM MET, RICHARD S. SAYERS y CAROL E. WARGIN, *Paso a paso 2*, Scott Foresman, Glenview, 1996, págs. 311-313.

acompañada también por una coincidencia espacial, que cumple también las condiciones que acabamos de señalar: si bien la coincidencia no siempre es total, como en el ejemplo (4), sí viene dada por la existencia de un marco espacial común para las acciones simultáneas (Le Poidevin, 1988)⁹. La coincidencia espacial es importantísima porque sin ella no hay simultaneidad posible, y no por razones lingüísticas, sino por razones físicas. Este último autor recuerda que desde que está aceptada la Teoría especial de la relatividad de Einstein, no cabe hablar de simultaneidad en ausencia de un marco espacial común. Simplemente no cabe decir que los eventos de *yo escuchaba mientras tú hablabas* son simultáneos si no se dan en la misma habitación o en el mismo edificio o en otro marco espacial común, cualquiera que éste sea.

Después del estudio de los ejemplos, se comprueba que un cambio en la expresión, el uso del pretérito perfecto simple o del pretérito imperfecto, crea o destruye una coincidencia temporal, una coincidencia espacial, y una proporción entre la duración de las unidades temporales y cualquiera de los eventos que contengan.

Otros ejemplos, esta vez con una ausencia total de modificadores adverbiales son:

(5) Juan tuvo la nariz aguileña, tuvo la nariz torcida, tuvo la nariz de mujer,

donde interpretamos que Juan primero tuvo la nariz aguileña, luego tuvo la nariz torcida y más tarde se volvería a operar y tendría la nariz de mujer, y:

(6) Juan tenía la nariz aguileña, tenía la nariz torcida, tenía la nariz de mujer,

de donde se deduce que la nariz de Juan era al mismo tiempo aguileña, torcida y de mujer.

Respecto al espacio, interpretamos que en (5) el espacio que ocupa la nariz, su contorno, cambia, mientras que en (6) permanece constante: los tres contornos definen un mismo espacio.

Respecto a la proporción, en (5) la duración del periodo durante el cual Juan exhibe una nariz aguileña no influye en la duración del periodo durante el cual exhibe una nariz torcida o de mujer, del mismo modo el tamaño de la nariz aguileña es independiente del de la torcida y del de la de mujer. Por el contrario, en (6), si aumenta o disminuye el periodo durante el cual Juan exhibe una nariz aguileña, aumenta o disminuye también el periodo durante el cual exhibe una nariz torcida y de mujer. Del mismo modo, el tamaño de la nariz aguileña varía según lo haga la nariz torcida y la de mujer, ya que las tres narices definen la misma forma.

3. SER / ESTAR PARA EXPRESAR SITUACIÓN ESPACIAL

En los apartados anteriores hemos explicado de un modo coherente dos alternancias sintácticas aparentemente distantes: un uso muy concreto del artículo determinado y una oposición también muy concreta relativa al aspecto verbal. En este apartado sintetizaremos del mismo modo otra alternancia sintáctica concreta: la oposición *ser / estar* para expresar situación espacial.

Esta alternancia la ilustran las siguientes oraciones:

(7) El sofá está en la habitación.

(8) La fiesta es en la habitación.

⁹ ROBIN LE POIDEVIN, «Introduction», en ROBIN LE POIDEVIN (ed.), *Questions of time and tense*, Clarendon Press, Oxford, 1998, pág. 7.

En estos ejemplos la habitación es el fondo, y el sofá y la fiesta son las formas que colocamos en él. En (7) la habitación es más grande que el sofá que contiene. Sin embargo, en (8), ¿qué es más grande, la habitación o la fiesta? Comencemos, pues, la exposición de esta alternancia tratando del espacio.

El sofá es una cosa pequeña situada en algo mayor, al igual que pequeño era el hombre situado entre laderas y laderas de nieve. O pequeña también era la duración de un evento expresado con un pretérito perfecto simple al compararlo con la duración total de todas las unidades temporales de la secuencia. Por el contrario, los globos, los amigos y la música de la fiesta ocupan justo lo que ocupa la habitación. Si ocuparan más espacio los vecinos llamarían a la policía. En el mismo sentido, la fiesta tampoco es más pequeña que la habitación: no hay una raya en el suelo que delimite hasta dónde se puede bailar o hasta dónde puede llegar el ruido. La habitación, que en el caso del sofá era más grande que lo que tenía dentro, en el caso de la fiesta ocupa exactamente el volumen de lo que tiene dentro. También la nieve ocupaba exactamente el espacio del muñeco. Y esta coincidencia de tamaño la hemos visto de nuevo al hablar del aspecto verbal: recordemos aquella única unidad temporal cuya duración era igual a la duración de los imperfectos que contenía.

La segunda cuestión es la proporción entre los volúmenes. Cuanto más pequeña sea la habitación, más pequeña será la fiesta, a diferencia de lo que ocurriría con un sofá, cuyo tamaño no cambiaría en proporción al tamaño de la habitación. El tamaño de los procesos está ligado, pues, al tamaño de sus marcos espaciales, del mismo modo que el espacio que ocupan las moléculas de un gas está ligado al tamaño de su continente. O el volumen del muñeco está ligado al tamaño de la nieve. O la duración de cada acción expresada en una serie de imperfectos está ligada a la duración de su unidad temporal.

La tercera cuestión es el tiempo, que es precisamente lo que diferencia los procesos de las cosas. Los procesos tienen una duración limitada, mientras que la duración de las cosas no lo está: una fiesta dura unas horas mientras que un sofá dura indefinidamente. De un modo paralelo, la nieve del *hombre de nieve* está limitada, mientras que la nieve del *hombre de la nieve* no lo está. En contextos espaciales los procesos son eventos temporalmente limitados que ocupan todo el espacio disponible; las cosas son eventos espacialmente limitados que ocupan todo el tiempo disponible.

Se comprueba que un cambio en la expresión, el uso de *ser* o *estar* para expresar situación espacial, crea o destruye una coincidencia espacial, una limitación temporal, y una relación entre el volumen del continente y el volumen de su contenido. Estas tres cuestiones conforman una regla sintética que regula el uso de *ser* y *estar* para indicar situación espacial, donde el adjetivo *sintético* señala que la regla se puede aplicar a otras oposiciones. La oposición de este apartado se podría explicar también mediante una regla analítica, donde el adjetivo *analítico* implica especialización, exclusividad, imposibilidad de aplicación de la regla a otras ramas de la gramática. Afirmar simplemente que *ser* se usa con procesos o acciones y *estar* se usa con cosas (De Mello, 1979)¹⁰, aparte de ser rigurosamente cierto, acarrea consecuencias nefastas para la comprensión global del problema. La regla funcionará y será correcta, pero es una regla que sólo se puede aplicar a la oposición *ser / estar* para expresar situación espacial, no sirve para nada más. Esta regla aparentemente tan perfecta corta el cordón umbilical que enlaza esta oposición con otras oposiciones separadas por las ramas del árbol analítico.

Otros ejemplos de *ser* y *estar* para expresar situación espacial son *la producción está en el mercado*, donde *producción* ocupa un espacio menor que *mercado*, una mayor producción no implica necesariamente un mayor mercado, y la proporción entre el espacio y el tiempo de *producción* indica que se trata de una cosa; por el contrario si *la producción es en el laboratorio*, la producción se extiende a todo

¹⁰ GEORGE DE MELLO, «The semantic values of *ser* and *estar*», en *Hispania*, 62 (1979), pág. 338.

el laboratorio, a mayor producción es necesario un mayor laboratorio, y la proporción entre el espacio y el tiempo de *producción* indica que se trata de un proceso.

Para finalizar quisiéramos ahondar en una cuestión que consideramos clave para una adecuada comprensión de este apartado: un proceso ocupa todo el espacio del que dispone. Los siguientes ejemplos vuelven sobre esta idea: Si la guerra civil es en Kosovo, entonces el proceso *guerra* ocupa toda la región. Prueba de ello es que en esa región no caben dos guerras civiles juntas. Y si la operación es en el quirófano, posiblemente las personas y el mobiliario no ocupen todo el volumen del quirófano, pero el proceso que se llama *operación* sí lo ocupa. Prueba de ello es que si en realidad la operación fuese más pequeña que el quirófano, entonces cabrían dos operaciones en un quirófano al mismo tiempo. Como no caben, se concluye que la operación no es más pequeña que el quirófano. Estas pruebas son de carácter lógico. Ayudan a comprender la relación entre el continente y el contenido cuando la percepción no nos puede mostrar el volumen físico de un proceso.

4. IR / VENIR

Las tres alternancias explicadas hasta ahora son alternancias sintácticas. Las tres alternancias siguientes serán alternancias semánticas. El aparato teórico que explica todas ellas es el mismo, no diferencia la sintaxis de la semántica. El camino que es necesario recorrer hacia una gramática sintética va difuminando las diferencias entre los niveles del lenguaje, en consonancia con lo que hace la gramática cognitiva (Cuenca y Hilferty, 1999)¹¹, no en vano el pilar de esta exposición es la diferencia entre el fondo y la forma.

De las alternancias que vamos a presentar en éste y en los apartados siguientes no se ha ocupado con profundidad la lingüística tradicional española porque para los filólogos españoles estos pares no representaban problemas: un español no confunde los verbos *ir* y *venir*, *saber* y *conocer*, ni *hablar* y *decir*. Es la moderna enseñanza del español como lengua extranjera la que ha creado estos pares: los estudiantes de lengua nativa eslava confunden *ir* y *venir*, los estudiantes de lengua nativa inglesa confunden *saber* y *conocer*, y el problema de fondo de estas alternancias es el mismo que el de *hablar* y *decir*.

Para el lector nativo parecerá obvio en qué estriba la diferencia entre *ir* y *venir*, le invitamos por tanto a que intente explicar esta diferencia semántica de un modo coherente con el modo en que han sido explicadas las tres alternancias sintácticas previas, es decir, teniendo en cuenta el espacio, el tiempo y la proporcionalidad en el juego entre el fondo y la forma. Cualquier otra explicación, aunque fuese válida, no estaría relacionada con la síntesis que estamos haciendo, y, aunque fuese correcta, no mostraría la relación entre ésta y otras oposiciones de la lengua española. Recordemos que es necesario continuar empleando la metodología sintética que hemos empleado hasta ahora.

La primera cuestión es el espacio. Cuando usamos *ir* los destinos posibles son muchos: ir a casa, ir al banco, ir a otra ciudad... Hay tantos destinos posibles como copos de nieve en una nevada o como unidades temporales diferentes se pueden expresar con una serie de pretéritos perfectos simples. El espacio a donde ir se extiende alrededor de quien va como se extiende una habitación alrededor de un sofá. Por el contrario, cuando usamos *venir*, toda esa infinidad de destinos posibles confluye en sólo uno, sólo hay un punto de destino para quien venga de cualquier parte, y ese punto se llama *aquí*. Hemos visto este confluir de mucho en uno en la nieve inmensa que pasaba a ocupar el pequeño espacio que ocupaba el hombre, y en las innumerables acciones que, expresadas en pretérito imperfecto, pasaban a ocupar una

¹¹ MARÍA. J. CUENCA y JOSEPH HILFERTY, *Introducción a la lingüística cognitiva*, Ariel, Barcelona, 1999, pág. 19.

sola unidad temporal. En el mismo sentido, la fiesta es el único lugar hacia donde cabe movimiento en el marco de la habitación.

El fondo es, por tanto, los puntos hacia los que se produce el movimiento, mientras que la forma es el hablante. Para que el transcurso de la explicación no se pierda en paralelismos con lo ya explicado, en adelante nos limitaremos a señalar sólo un paralelismo entre la cuestión que se esté tratando y cualquiera de las oposiciones presentadas anteriormente.

La segunda cuestión es la proporción entre quien viaja y los destinos. Cuantas más personas o aviones vayan, más destinos posibles habrá, a diferencia de lo que ocurre con las personas o aviones que vienen: no importa cuál sea su número, a todos ellos les corresponde el mismo destino: aquí. Del mismo modo, en una serie de pretéritos perfectos simples, cuantas más acciones haya, más unidades temporales habrá, a diferencia de lo que ocurre en una serie de pretéritos imperfectos: no importa cuál sea el número de acciones, a todas ellas les corresponde la misma unidad temporal.

La tercera cuestión es el tiempo. Cuando usamos *ir* la existencia de los puntos de destino es independiente de la existencia de quien dice que va a ellos. Del mismo modo, las laderas de nieve existen aunque en ellas no viva el hombre de la nieve. Por el contrario, cuando usamos *venir*, la existencia del punto de destino depende de la existencia de quien pronuncia el verbo *venir*. El punto de destino existe sólo mientras, cuando, en el momento en el que exista esa persona. Al igual que la nieve de un hombre de nieve existe sólo mientras exista ese hombre: ambos comparten un mismo tiempo.

Se comprueba que un cambio en la expresión, el cambio de *ir* por *venir*, crea o destruye una coincidencia espacial, una coincidencia temporal, y una proporción entre quienes realizan las acciones y el número de destinos.

5. SABER / CONOCER

Hay diversas formas de explicar la diferencia entre *saber* y *conocer*. Un buen inventario se puede encontrar en el trabajo de Taylor (1985)¹². Independientemente de que las explicaciones que esta autora ofrece resulten más o menos acertadas, desde un punto de vista sintético el problema de todas ellas es que se pueden aplicar sólo a la diferencia entre *saber* y *conocer*, no sirven para nada más. Obsérvese que, por el contrario, la explicación que contempla el lugar, el tiempo y la proporción del fondo y de la forma resolverá no sólo la diferencia entre *saber* y *conocer*, sino que, como hemos ya visto, resuelve también otras alternancias semánticas y léxicas. Examinemos, pues, la alternancia que da título a este apartado bajo el punto de vista de las tres cuestiones que nos vienen acompañando a lo largo de este trabajo:

La primera cuestión es el espacio. Cuando usamos *saber*, lo que sabemos puede estar en muchos lugares: sé el nombre de la mayor pirámide, que está en Egipto; sé el teorema de Pitágoras, que está en los libros; y sé que Pablo, que está en Zaragoza, tiene dos hijos. Lo que sabemos está tan desperdigado como los copos de nieve de una nevada. Sin embargo, cuando usamos *conocer*, toda esa infinidad de lugares confluye sólo en uno, hay un punto donde ha tenido que estar lo que conocemos, y ese punto se llama *aquí*. Con lo que conocemos hemos compartido un espacio. Conocemos las pirámides si hemos estado en Egipto, conocemos el teorema de Pitágoras si nos lo hemos encontrado en un libro o en clase, y conocemos a Pablo si nos hemos tomado un café con él. La misma coincidencia espacial se observa con el uso de *venir*.

¹² KATHY TAYLOR, «Saber and Conocer», en *Hispania*, 68 (1985), págs. 649-655.

La segunda cuestión que vamos a tratar es el tiempo. Cuando *sabemos*, lo que sabemos atañe a cualquier momento: sé que Colón descubrió América en 1492 y sé que mañana iremos a un restaurante indio. Para cada cosa que sabemos hay una unidad temporal, igual que la había para cada acción expresada en pretérito perfecto simple. Sin embargo, cuando *conocemos*, toda esa infinidad de unidades temporales confluye sólo en una, al igual que cuando usábamos el imperfecto. Cuando usamos *conocer*, lo que conocemos atañe sólo a un momento, y ese momento se denomina *presente*. Con lo que conocemos hemos compartido, compartimos o compartiremos un tiempo presente. Por eso no podemos conocer a Colón, con el que no podemos compartir ya un tiempo, pero mañana podremos conocer la cocina india.

Y es más, podemos comenzar a conocer ahora y aquí sólo información referente a ahora y a aquí, mientras que podemos comenzar a saber en cualquier momento y en cualquier lugar información referente a cualquier momento y cualquier lugar.

La tercera cuestión es la proporción entre la realidad (el fondo) y lo que se tiene en la cabeza (la forma). Si cambia lo que conoces, no importa, lo sigues conociendo. Pablo ha podido cambiar desde que te encontraste con él hace quince años. Y Zaragoza ha crecido mucho desde la última vez que estuviste en ella, pero no importa: los sigues conociendo. Sin embargo, si cambia lo que sabes, tienes un problema: ya no lo sabes. Si alguien cambia el lugar de tus libros, ya no sabes dónde están. Y la informática avanza tan rápidamente que dentro de quince años ya no sabrás informática. Del mismo modo, si cambia el tamaño de la habitación, no importa, el lugar de la fiesta no varía, sigue ocupando toda la habitación. Sin embargo, si cambia el tamaño de la habitación, tendremos un problema para encontrar el sofá: el sofá dejará de estar en la posición relativa que ocupaba respecto a las paredes.

Se comprueba que un cambio en la expresión, el cambio de *saber* por *conocer*, crea o destruye una coincidencia espacial, una coincidencia temporal, y una proporción entre la realidad y lo que se tiene en la cabeza.

6. HABLAR Y DECIR

En los dos apartados anteriores hemos explicado de un modo coherente dos cuestiones semánticas concretas: la oposición *ir / venir* y la oposición *saber / conocer*. En este apartado sintetizaremos del mismo modo otra cuestión semántica concreta más: la oposición *hablar / decir*.

Esta alternancia la ilustra el siguiente ejemplo:

Supongamos que el ministro dice en una rueda de prensa que “el PIB ha subido”, y que un periodista reproduce su discurso (9) para una radio y (10) para una televisión de los siguientes modos:

(9) El ministro ha hablado sobre la situación económica actual, que ha mejorado a tenor de los parámetros macroeconómicos publicados hoy por el Banco de España.

(10) El ministro ha dicho que el PIB ha subido.

De cada una de estas expresiones se deduce la existencia de un ministro que produce el discurso original y la existencia de otra persona que lo reproduce. El uso de *hablar* o *decir* depende de la relación entre el original (la forma), y su reproducción (el fondo). Desgajemos esta relación en las cuestiones que ya conocemos porque venimos compartiendo con ellas cinco apartados:

La primera cuestión es el espacio. Las palabras que aparecen detrás de *hablar* no coinciden con las del discurso original. Por el contrario, las palabras que aparecen detrás de *decir* son iguales a las del discurso original, haciendo las necesarias salvedades del estilo indirecto.

En el mismo sentido, en lo referente a la segunda cuestión, el tiempo, lo que se dice dura lo mismo que el discurso original, mientras que la duración de sobre lo que se habla no coincide con la duración del discurso original. Estas relaciones espacio-temporales ya las hemos visto antes: el verbo *conocer*, al igual que el verbo *decir*, expresa una coincidencia en el espacio y en el tiempo. Esta coincidencia deja de existir cuando se reemplaza *conocer* por *saber*; lo mismo ocurre cuando se reemplaza *decir* por *hablar*.

La tercera cuestión es la proporción. Cuando usamos *hablar*, la repetición puede ser un resumen del original o puede ser un discurso cuya longitud es mayor. La longitud de la repetición no está relacionada con la longitud de la expresión original. Esta relación es similar a la que existe entre una habitación y su sofá: sus magnitudes no varían una en función de la otra. Por el contrario, cuando usamos *decir*, si el original aumenta o disminuye, su reproducción aumenta o disminuye en la misma proporción. Esta relación es similar a la que existe entre una habitación y su fiesta: sus magnitudes varían una en función de la otra.

Se comprueba que un cambio en la expresión, el cambio de *hablar* por *decir*, crea o destruye una coincidencia espacial, una coincidencia temporal, y una proporción entre el discurso original y su repetición.

8. CONCLUSIÓN

La fuerza de la explicación propuesta acerca de diferentes fenómenos gramaticales no radica en su exhaustividad ni en el número de excepciones que se le puedan encontrar, sino en su coherencia transcategorial.

Análisis y síntesis son dos modos opuestos de enfrentarse al objeto de estudio. Desde un punto de vista sintético una explicación exhaustiva y sin excepciones no es válida, precisamente porque es una explicación aislada: se refiere a una cuestión demasiado concreta. Y desde el punto de vista analítico sucede todo lo contrario. Una explicación común a varios fenómenos no es válida, porque no explica nada en profundidad y no contempla las excepciones: es una explicación demasiado general.

Realizar un inventario de características diferentes y clasificar estas características son tareas del análisis. Realizar un inventario de características comunes es una tarea de síntesis. Atención porque, en su límite óptimo, una gramática sintética ni enumera ni clasifica. Desde un punto de vista sintético extremo interesa sólo una propiedad de los objetos de estudio, y esta única propiedad es la común a todos ellos. El resto de propiedades no se percibe, y si no se perciben propiedades diferentes entre los objetos de estudio, tampoco es posible clasificarlos. Las clasificaciones son algo que pertenece al modo analítico de trabajo, al que estamos tan acostumbrados.

La clasificación analítica es un medio para comprender las cosas. La síntesis es un medio para comprender no cosas, sino conjuntos de cosas. Desde un punto de vista sintético, cuanto mayor sea el conjunto que resulta del proceso de síntesis, mejor será la comprensión. La comprensión óptima es, por tanto, la creación de un conjunto cuyo número de elementos es infinito. Por el contrario, desde un punto de vista analítico, cuanto menor sea el conjunto que resulta del análisis, mejor será la comprensión. La comprensión óptima es, por tanto, la creación de un conjunto cuyo número de elementos es cero. El proceso de análisis no se detiene en la unidad: la cosa es necesario dividirla aún más para encontrar partes más pequeñas que clasificar: la palabra no es la unidad mínima, consta de morfemas, y los morfemas se pueden dividir aún más. La gran paradoja del análisis es que en el último cajón que se encuentra en la última subdivisión del armario no hay nada, está vacío; por otra parte es necesario señalar que este cero es un límite, otro extremo, una meta hacia la cual se tiende pero que nunca se alcanza.

Las unidades tendientes a cero que resultan del proceso de análisis forman parte más de la religión lingüística que de su vertiente científica. Las ciencias exactas hace tiempo que proclaman que la unidad es una convención, no un resultado de ningún análisis: las unidades que llamamos metro o gramo son resultados de convenciones, al contrario, por ejemplo, que la unidad que llamamos lexema, que se deduce del propio objeto de estudio.

La diferencia metodológica entre la explicación que hemos propuesto para seis alternancias diferentes y la explicación que los autores citados al principio cimentan en el aspecto léxico estriba en que la de ellos es una explicación analítica, mientras que la nuestra es una explicación sintética. Ambos caminos son válidos, pero la explicación sintética tiene aún muchos recodos por explorar.

La relación entre el cero y el infinito es algo de lo que se han ocupado ya otras ciencias, por qué no también la lingüística. En los congresos de la generación de científicos que puso las bases de la física cuántica (Ponomariov, 1979)¹³, los asistentes bromeaban así con los periodistas acerca de la proporción posición – movimiento que explica el principio de incertidumbre:

“Un especialista es alguien que lo sabe todo sobre nada; un periodista es alguien que sabe nada sobre todo”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BELLO, ANDRÉS, *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2002, pág. 181.

BOSQUE, IGNACIO, «Por qué determinados sustantivos no son sustantivos determinados», en IGNACIO BOSQUE (ed.), *El sustantivo sin determinación. La ausencia de determinante en la lengua española*, Visor, Madrid, 1996, págs. 13-119.

CUENCA, MARÍA. J. y HILFERTY, JOSEPH, *Introducción a la lingüística cognitiva*, Ariel, Barcelona, 1999, pág. 19.

DE MELLO, GEORGE, «The semantic values of *ser* and *estar*», en *Hispania*, 62 (1979), pág. 338.

DE MIGUEL, ELENA, «El aspecto léxico», en IGNACIO BOSQUE y VIOLETA DEMONTE (eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, Espasa Calpe, Madrid, 1999, págs. 2977-3060.

JACKENDOFF, RAY S., «Parts and boundaries», en BETH LEVIN, y STEVEN. PINKER (eds.), *Lexical & Conceptual Semantics*, Blackwell, Amsterdam, 1991, págs. 9-45.

LANGACKER, RONALD W., «Nouns and verbs», en *Language*, 63 (1987), págs. 53-94.

LE POIDEVIN, ROBIN, «Introduction», en ROBIN LE POIDEVIN (ed.), *Questions of time and tense*, Clarendon Press, Oxford, 1998, pág. 7.

LOZANO, LIDIA, «El pretérito y el imperfecto en la enseñanza del español como segunda lengua», en *Cuadernos Cervantes*, 52 (2006), publicación electrónica en:

¹³ LEONID. I. PONOMARIOV, *Z druhej strany kvanta*, Alfa, Bratislava, 1979.

http://www.cuadernoscervantes.com/ele_52_preterito.html

MET, MYRIAM, SAYERS RICHARD S. y WARGIN, CAROL E., *Paso a paso 2*, Scott Foresman, Glenview, 1996, págs. 311-313.

PONOMARIOV, LEONID I., *Z druhej strany kvanta*, Alfa, Bratislava, 1979.

RAMÍREZ, LYDIA, «Los tiempos del pasado para narrar sucesos. Redactar una noticia», en *Redele*, 8 (2006), publicación electrónica en: <http://www.mec.es/redele/revista8/LRamirez.pdf>.

TAYLOR, KATHY, «Saber and Conocer», en *Hispania*, 68 (1985), págs. 649-655.